

3. Reinando sobre tu alma

El sermón del monte
(Mateo 5:21-30)

En nuestro tercer estudio del Sermón del Monte, examinamos una de las partes más valiosas de las Escrituras del Nuevo Testamento. Jesús ofrece una guía práctica sobre cómo debemos comportarnos, pensar y dónde se originan verdaderamente nuestras acciones. El Señor aborda la cuestión fundamental haciendo hincapié en el cambio necesario que debe producirse primero en el corazón de una persona. Ahí es donde Dios se encuentra con nosotros. El hijo de Dios debe aprender a alinear su corazón con el del Padre. El libro de Proverbios nos dice: **«Guarda tu corazón con toda diligencia, porque de él brotan los manantiales de la vida» (Proverbios 4:23 ESV)**. Los manantiales de nuestra vida comienzan en el centro de decisión y en nuestros pensamientos. En el Antiguo Testamento, la palabra corazón (levav) se utiliza siempre que se alude al pensamiento y la intención. La palabra hebrea para alma (nephesh, literalmente «respirar») se refiere al hombre interior. Muchas Escrituras muestran que el corazón, la mente y el pensamiento están conectados con el alma y, en algunos lugares, se utilizan indistintamente.

¿Qué es el alma?

Cuando era niño y crecía en Inglaterra, solía recibir cómics ilustrados todas las semanas. Mis favoritos eran Beano y Dandy. Cuando Dennis the Menace, uno de los personajes del cómic, se enfrentaba a la decisión de hacer el bien o el mal, aparecía a su lado un demonio cómico con cuernos, pezuñas y una horquilla. Siempre se le mostraba tratando de convencer a Dennis de que hiciera algo terrible, mientras que una figura santa con una capa blanca y un anillo sobre su cabeza se situaba al otro lado, recordándole que perdonara y hiciera el bien. Estos cómics ilustran la batalla interna que se libra en nuestras mentes y corazones sobre a quién escucharemos y obedeceremos mientras vivimos en este mundo pecaminoso.

Esta parte interna de nosotros, el aspecto inmaterial del hombre, que incluye nuestra mente, voluntad, emociones y conciencia, es lo que las Escrituras llaman el alma del hombre. Cuando escuchamos pensamientos oscuros, nuestras almas son moldeadas y formadas por espíritus oscuros que operan en el reino invisible. A esto se refería el rey David en su famoso Salmo 23, el salmo del pastor: **«Él restaura mi alma. Me guía por sendas de justicia por amor a su nombre» (Salmo 23:3, ESV)**. Quizás hayas experimentado momentos oscuros en los que no sentías paz y tus pensamientos estaban constantemente oprimidos por el maligno. Confío en que hayas comenzado a caminar con el Señor Jesucristo porque nadie puede restaurar tu alma, tu mente, tu voluntad y tus emociones como Él puede hacerlo. ¿Cómo trae Jesús paz a un alma atribulada? Primero, nos rendimos completamente a Él, y luego Él comienza el proceso de renovación y transformación. El Sermón del Monte nos enseña cómo caminar con Cristo y evitar entristecer al Espíritu Santo, que mora en los creyentes. Jesús va más allá de los pecados externos para abordar las raíces del pecado. Habla de los tipos de ira que degradan el carácter de otra persona.

²¹«Habéis oído que se dijo a los antiguos: "No matarás; y cualquiera que mate será juzgado".

²²Pero yo os digo que **cualquiera que se enoje** con su hermano será juzgado; cualquiera que insulte a su hermano será juzgado por el concilio; y cualquiera que le diga: "¡Necio!", será juzgado por el fuego del infierno. ²³Así que, si estás ofreciendo tu ofrenda en el altar y

allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete. Primero reconcíliate con tu hermano, y luego ven y ofrece tu ofrenda. ²⁵ Ponte de acuerdo rápidamente con tu acusador mientras vas con él a l o, no sea que tu acusador te entregue al juez, y el juez al guardia, y seas puesto en prisión. ²⁶ De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado el último centavo (Mateo 5:21-26, énfasis añadido).

Los líderes religiosos de la época de Jesús respaldaban sus enseñanzas citando a varios rabinos, pero Jesús hablaba con su propia autoridad, diciendo: «Yo os digo». Esta afirmación de su propia autoridad enfureció tanto a los maestros judíos que en una ocasión respondieron preguntándole: «¿Eres tú más grande que nuestro padre Abraham? Él murió, y también los profetas. ¿Quién te crees que eres?». (Juan 8:53). Si Jesús no fuera Dios encarnado, hablar con su propia autoridad habría sido considerado una blasfemia por los judíos.

La ira que conduce al asesinato

El Señor tiene una forma de ir más allá de los problemas superficiales y llegar a la raíz de los problemas que nos afectan profundamente. Cometer el pecado de asesinato es un acto terrible, pero el Señor Jesús también condena incluso contemplar o considerar la violencia contra otra persona. Los actos pecaminosos se originan primero en la mente y el corazón de una persona. Es allí donde se evalúan las opciones y se toma la decisión de actuar o no según el pensamiento. William Barclay, en su comentario, describe esta batalla espiritual de la siguiente manera:

Platón comparó el alma con un auriga cuya tarea era conducir dos caballos. Uno de los caballos era dócil, obediente y se sometía a las riendas y a las órdenes; el otro era salvaje, indómito y rebelde. El nombre del primer caballo era razón; el nombre del segundo era pasión. La vida es siempre un conflicto entre las exigencias de las pasiones y el control de la razón. La razón es la correa que mantiene a raya a las pasiones. Pero *una correa puede romperse en cualquier momento*. El autocontrol puede bajar la guardia por un momento, y entonces, ¿qué puede pasar? Mientras exista esta tensión interior, este conflicto interno, la vida será insegura. En tales circunstancias, no puede haber seguridad. La única forma de alcanzar la seguridad, dijo Jesús, es erradicar para siempre el deseo de lo prohibido. Solo entonces la vida será segura.¹

Hoy en día existe una creencia común: «Sigue tu corazón». Como cristiano, ¿ves alguna trampa en ese enfoque de la vida?

Cuando una persona recibe el don de una nueva vida en Cristo, el Espíritu de Dios entra en su vida y comienza a transformar su ser interior y su carácter. He descubierto que el Espíritu Santo, en su obra de moldear y formar nuestro interior, a menudo destaca aspectos específicos de nuestro carácter. Permítanme compartir un ejemplo siendo sincero sobre mi vida temprana como joven cristiano. Cuando vine a Cristo a los 23 años, era pescador comercial y trabajaba con mi padre en su barco frente a la costa de Harwich, Inglaterra. Cuando un hombre está lejos de las mujeres y los niños y entre otros hombres del mundo, a menudo salen a relucir sus peores rasgos. La pesca comercial era un trabajo peligroso y estresante, y muchas cosas podían causar fricciones entre los

¹ William Barclay, *The Daily Study Bible, El Evangelio según San Mateo, vol. 1*. Impreso por Saint Andrew Press, Edimburgo. Páginas 136-137.

compañeros de trabajo. El lenguaje solía ser muy colorido y los ánimos se caldeaban con facilidad. Recuerdo una época en la que mi hermano, un año mayor que yo y que trabajaba con nosotros, era conocido por muchos como un matón; utilizaba mi hombro como saco de boxeo para practicar sus habilidades boxísticas. , no recuerdo si era cristiano en aquella época, pero sí recuerdo que me enfadé tanto con él que me abalancé sobre él e intenté tirarlo del barco al río Deben, cerca de Felixstowe, en Suffolk. El río Deben es conocido por ser uno de los ríos más rápidos de Inglaterra, especialmente en su desembocadura. Si hubiera conseguido tirarlo por la borda, la rápida corriente lo habría arrastrado y habría causado su muerte.

Cada vez que siento la tentación de dejar que mi ira se apodere de mí, pienso en el día en que podría haber tirado a mi hermano por la borda del barco. Hace varios años, visité a un amigo mío que tenía un agujero en la pared de su salón. Cuando le pregunté por qué no lo tapaba y lo pintaba, me dijo que el agujero estaba ahí para recordarle la vez que se enfadó tanto con su mujer que le lanzó un cuchillo, falló y la hoja se clavó en la pared. Necesitaba ese recordatorio de que debía controlar su ira. No estuvo casado mucho tiempo. Su mujer pronto le dejó, llevándose consigo todo el dolor y el bagaje que conllevaba perder a su familia.

¿Es pecado enfadarse?

No está mal sentir ira. Hay una ira justa que el pueblo de Dios debe experimentar. El apóstol Pablo escribió: **«No pequéis en vuestra ira: no dejéis que el sol se ponga mientras aún estáis enojados» (Efesios 4:26)**. Lo que Pablo quería decir es que es aceptable enojarse por las injusticias, pero no hay que dejar que esa ira perdure demasiado tiempo. La indignación justa debe surgir en nosotros cuando vemos que se pisotean los derechos de los pobres, o cuando leemos que se hace daño y se aprovecha de niños inocentes y personas débiles. Jesús se enfadó por el abuso de los enfermos por parte de la élite religiosa y su dureza de corazón:

Entró otra vez en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía una mano seca. Lo observaban para ver si lo sanaría en sábado, a fin de poder acusarlo. Él dijo al hombre que tenía la mano seca: «Levántate y ponte delante». Y les dijo: «¿Es lícito hacer el bien o hacer el mal en sábado, salvar una vida o matar?». Pero ellos guardaron silencio. **Después de mirarlos con ira** y entristecido por la dureza de su corazón, dijo al hombre: «Extiende tu mano». Y él la extendió, y su mano quedó restaurada (Marcos 3:1-5; énfasis añadido).

¿Qué fue lo que enfureció a Jesús en esta situación?

Cuando Jesús entró en el templo de Jerusalén y vio que el patio de los gentiles se había convertido en un mercado para vender ovejas y palomas, y que su pueblo se veía obligado a pagar grandes sumas de dinero para comprar un cordero adecuado para la cena de Pascua, el Señor no se enfureció ni se enfadó. En cambio, contuvo su ira y se tomó el tiempo de hacer un látigo con unas cuerdas y expulsó a los mercaderes del templo, volcando sus mesas y diciendo: **«Quiten estas cosas de aquí. Dejen de convertir la casa de mi Padre en un mercado» (Juan 2:13-16)**.

El tipo de ira pecaminosa que no se controla y hace que una persona rumie y hierva de ira por haber sido menospreciada o por haber herido su orgullo es el tipo que una vez se apoderó de mí, haciéndome querer arrojar a mi hermano por la borda del barco pesquero de mi padre. Si los

pensamientos persistentes de ira no se liberan, pueden convertirse en una raíz de amargura que crece y contamina a muchos (Hebreos 12:15). Alguien que no puede controlar su ira entristecerá al Espíritu Santo, y Su preciosa presencia y unción se levantarán, tal como sucedió cuando a Sansón le cortaron el cabello (Jueces 16:16-21). Sin embargo, gracias a Dios, Él nunca nos quitará Su Espíritu, pero podemos perder esa cercanía con Dios de la que habló el salmista: «No escondas tu rostro de tu siervo, porque estoy angustiado; apresúrate a responderme» (Salmo 69:17). El profeta Isaías también habló de que Israel perdería la presencia especial de Dios de esta manera: «... nos has escondido tu rostro y nos has hecho derretir en la mano de nuestras iniquidades» (Isaías 64:7).

Al comienzo de su Sermón del Monte, el Señor reveló las actitudes internas de aquellos que caminan con Dios. Al final de sus declaraciones iniciales, Jesús advirtió que si sus discípulos realmente vivían según las bienaventuranzas, enfrentarían persecución, tal como él lo hizo. El enemigo de nuestras almas, el maligno, quiere que nos consuma el odio, la amargura y la ira hacia aquellos que nos atacan. A menudo, los que persiguen al pueblo de Dios no entienden por qué lo hacen. Es posible que incluso durante los ataques, Dios los esté convenciendo. Sería fácil dejar que la ira se levantara contra los perseguidores, pero esa no es la manera del Señor; estamos llamados a vencer el mal con el bien (Romanos 12:21). No sabemos cuándo Dios podría transformar a un enemigo como Saulo, que persiguió a Esteban hasta la muerte, en un líder de la iglesia, como se vio cuando se arrepintió y se convirtió en el apóstol Pablo (Hechos 7:55-58). Seremos recompensados si podemos mantener una actitud humilde cuando seamos perseguidos por causa de la justicia. Cuando Jesús fue atacado y golpeado, puso la otra mejilla y se negó a tomar represalias (Lucas 22:63-65).

Los rabinos enseñaban que si matabas a alguien, serías juzgado, pero Jesús fue más allá y dijo que la ira y el comportamiento insultante hacia nuestro prójimo amenazan a nuestra persona interior, nuestra alma. Hay una ira que puede apoderarse de alguien y convertirse en odio, amargura, resentimiento y, sí, incluso en asesinato. A la actriz Carrie Fisher se le atribuye la frase: «El resentimiento es como tragar veneno mortal y esperar que la otra persona muera». El enemigo de nuestras almas obtiene ventaja sobre nosotros cuando nuestra ira y nuestro resentimiento nos controlan hasta el punto de que no podemos manejar la amargura interior. Si eres creyente, el Espíritu Santo que hay en nosotros nos advertirá fielmente cuando la ira comience a surgir. Lo llamamos «calentarse» y, tal vez, el vello de la nuca nos envíe una señal de advertencia. Siempre tendremos la opción de elegir cómo responder: si seguiremos el ejemplo de Jesús o cederemos a la ira y dejaremos que nos domine.

El Señor luego abordó cómo manejar las situaciones en las que el enemigo causa división entre los hermanos y hermanas en el Señor. Debemos recordar que estamos en una batalla espiritual, y nuestro adversario intentará sembrar discordia dentro del cuerpo de creyentes para debilitar el poder de la iglesia. Si estamos enojados con nuestro hermano por cualquier motivo, no debemos ignorarlo o descartarlo como si no hubiera sucedido. En cambio, antes de acercarnos al Señor en adoración, debemos humillarnos, confrontar a nuestro hermano y resolver el problema. Solo entonces debemos regresar al lugar de adoración. «... deja allí tu ofrenda delante del altar y ve. Primero reconcíliate con tu hermano, y luego ven y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:24).

Satanás, el acusador de los hermanos, se complace en causar discordia entre los creyentes de una iglesia. No puede tolerar que estemos de acuerdo con el acusador, nos humillemos, nos arrepintamos y busquemos el perdón de nuestros hermanos. Algunos de los momentos más significativos en los que he complacido al Señor han sido cuando he resuelto un conflicto en una relación. La humildad es buena para el alma.

El Señor también habló sobre la difamación: «El que diga: "Necio", será culpable del fuego del infierno» (v. 22). A veces, cuando estamos enojados, decimos palabras que menosprecian el carácter de otra persona. La palabra griega móros se traduce como «necio» en español, pero también puede significar torpe, estúpido o tonto. Era una palabra que se utilizaba para criticar la capacidad mental y el carácter de alguien. En Inglaterra tenemos un dicho: «Los palos y las piedras pueden romperme los huesos, pero las palabras nunca me harán daño». Eso es una gran mentira. Las palabras pueden ser como púas que se nos clavan desde la infancia, atacando nuestro carácter a través de personas influyentes a las que admirábamos y que nos han herido profundamente. Jesús dijo que estas palabras, que hieren nuestro espíritu, están sujetas al juicio de Dios. ¿Cuáles son algunos ejemplos actuales de palabras que nos han herido? «¡Nunca llegarás a nada!», «¡Eres igual que tu padre!», «¡Eres un idiota!», «¡De tal palo, tal astilla!». Si has escuchado palabras como estas o frases similares dirigidas a ti, te sugiero que te tomes un tiempo para orar y romper el poder espiritual de las palabras que te han herido en lo más profundo de tu ser, en tu espíritu interior.

¿Qué señales de advertencia notas cuando la ira se acumula y qué estrategias utilizas para manejarla?

Jesús aclara lo que significa caminar según el Espíritu en lugar de limitarse a seguir la letra de la ley. Al comienzo de su sermón, el Señor habló de las bienaventuranzas que nos ayudan a formar relaciones cercanas y a evitar entristecer al Espíritu Santo o apagar su fuego. Los fariseos se consideraban justos y destinados al cielo, pero en su extraordinaria gracia, el Señor comenzó a señalar un estándar de justicia más elevado que el que ellos mantenían. Estoy seguro de que fue impactante para la multitud que se encontraba ese día en la ladera cuando escucharon al Señor hablar sobre los escribas y los fariseos, advirtiéndoles que la justicia exterior por sí sola no era suficiente. Jesús dijo: «Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mateo 5:20). Si queremos caminar con Cristo y evitar entristecer al Espíritu Santo, debemos mirar más allá de las acciones externas y abordar las raíces de la ira a nivel mental antes de que se desarrollen. Lo que entristece al Espíritu Santo es obsesionarse con la ira y los pensamientos de odio hacia los demás.

El Señor dio un paso más allá, revelando los pensamientos que conducían al adulterio, un pecado castigado en Israel con la muerte por lapidación.

Vivir con pureza en una era de sensualidad

Con la multitud escuchando cada una de sus palabras, Jesús pasa ahora a aclarar la bienaventuranza sobre la pureza: «Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios» (v. 8). El sistema mundial en el que vivimos ataca cada día nuestra vida interior. No se trata solo de que nuestro mundo físico trabaje en nuestra contra, sino de una estrategia espiritual. El enemigo sabe que nos costará mucho caminar en obediencia al Espíritu cuando las imágenes de infidelidad y

lujuria se arraigan en nuestro corazón. Nada ocurre en el ámbito físico sin haber sido concebido primero en la imaginación o en los centros de visión de la mente. Dios nos ha dado la capacidad de «ver» las cosas antes de crearlas.

¿Qué arquitecto no ha visualizado primero el edificio en su mente antes de poner el lápiz sobre el papel? ¿No crees que los hermanos Wright «vieron» inicialmente en su mente cómo sería su avión volando por el aire? Los espíritus demoníacos malignos que buscan manipular las mentes tienen como objetivo contaminar el alma de una persona llenándonos de pensamientos tóxicos. Somos ingenuos al creer que acumular pensamientos e imágenes malignas no tiene ningún efecto en nuestro carácter. Cuanto más se entrega alguien a las imágenes y los pensamientos pecaminosos, más se contamina su carácter. El acto del adulterio conduce a una vida de arrepentimiento y culpa e invita a los espíritus demoníacos a influir en nuestro interior.

²⁷«Habéis oído que se dijo: "No cometerás adulterio". ²⁸Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer con lujuria, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. ²⁹Si tu ojo derecho te hace pecar, arráncalo y arrójalo lejos. Porque es mejor que pierdas uno de tus miembros, que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. ³⁰Y si tu mano derecha te hace pecar, córtala y arrójala lejos. Porque es mejor que pierdas uno de tus miembros, que todo tu cuerpo vaya al infierno (Mateo 5:27-30).

El Señor nos anima a cerrar todas las puertas que abrimos a los ataques de los espíritus demoníacos. Si tu «puerta de los ojos» ha sido utilizada para implantar imágenes de lujuria en tu mente, entonces arranca esas imágenes mediante el arrepentimiento. Haz un pacto con Dios para no ir a lugares donde hayas caído en pecado. Hay tres fuentes de tentación: nuestros deseos (la carne), las influencias mundanas y el engaño y la tentación demoníacos. En el libro de Santiago se nos advierte:

...Pero cada uno es tentado cuando es atraído y seducido por su propio deseo. Entonces el deseo, cuando ha concebido, da a luz al pecado, y el pecado, cuando ha crecido, da a luz la muerte (Santiago 1:13-15).

La instrucción de Jesús de arrancarte el ojo o cortarte la mano si te hacen pecar es una exageración deliberada llamada hipérbole. Su figura retórica hiperbólica enfatiza la necesidad de un autocontrol y una abnegación estrictos e inquebrantables. La lujuria comienza con los ojos, pero luego se alimenta de la imaginación de la mente, y nuestra naturaleza inferior, la mente carnal, toma el control y nos empuja hacia el pecado.

De hecho, para la mayoría de las personas, la televisión y su programación pueden ser utilizadas por el enemigo para desensibilizarnos y corromper el centro de visión del ser interior. Presta atención a las respuestas de tu cuerpo a lo que ves en la televisión. Por ejemplo, si tu corazón se acelera cuando comienza un programa de terror, sé consciente y escucha la advertencia del Espíritu Santo sobre el peligro para tu alma, para que no eche raíces. Si te sientes provocado al ver a alguien del sexo opuesto en la televisión, responde adecuadamente a la advertencia del Espíritu. Ten cuidado de mantener el centro de visión de tu corazón libre de la programación del maligno. El autor John Stott escribe:

¿Qué implica esto en la práctica? Permítanme explicar e interpretar la enseñanza de Jesús: «Si tu ojo te hace pecar porque la tentación te llega a través de los ojos (los objetos que ves), entonces sácatelo. Es decir, ¡no mires! Comportate como si realmente te hubieras sacado los ojos y los hubieras tirado, y ahora estuvieras ciego y no pudieras ver los objetos que antes te hacían pecar. De nuevo, si tu mano o tu pie te hacen pecar, porque la tentación te llega a través de tus manos (las cosas que haces) o tus pies (los lugares que visitas), entonces córtatelas. Es decir: ¡no lo hagas! ¡No vayas! Comportate como si realmente te hubieras cortado las manos y los pies, los hubieras arrojado lejos y ahora estuvieras lisiado, por lo que no pudieras hacer las cosas ni visitar los lugares que antes te hacían pecar. Ese es el significado de la mortificación. Comportate como si realmente te hubieras cortado las manos y los pies, los hubieras arrojado lejos y estuvieras lisiado, por lo que no pudieras hacer las cosas ni visitar los lugares que antes te hacían pecar. Ese es el significado de «mortificación».²

Por supuesto, debemos reconocer el papel fundamental del ministerio del Espíritu Santo para ayudarnos a controlar nuestros deseos. El Espíritu Santo lleva a cabo la obra de la santificación, pero nosotros elegimos a quién nos rendimos. Estas pequeñas decisiones, tomadas cada día y cada momento, dan forma a nuestros pensamientos, intenciones, voluntad y, en última instancia, a nuestras acciones.

Nuestro papel no es simplemente pasivo. Una de las cosas más difíciles de hacer es «no pensar en algo». ¿Alguna vez lo has intentado? En lugar de eso, sustituye los pensamientos no deseados por otros positivos; piensa en lo que te inspira y te anima. Llénate de la Palabra de Dios y del Espíritu. Cuando sigues la sencilla voluntad revelada de Dios tal y como se describe en las Escrituras, Dios seguirá guiándote y revelándote su voluntad de forma más específica. Si eres fiel en las cosas pequeñas, Él seguirá mostrándote más.

Déjame preguntarte: ¿hay alguien a quien hayas ofendido y a quien debas pedir perdón? ¿Hay alguien que te haya ofendido y tú hayas estado guardando ese rencor, permitiendo que la amargura eche raíces? Jesús deja claro en los versículos que hemos leído (Mateo 5:23-36) que si existe una barrera debido a una ofensa, debes acudir a esa persona y pedirle perdón. También debemos perdonar a los demás y permitir que Dios se ocupe de cualquier raíz de amargura que haya en nosotros. A veces, esto significa que debemos acercarnos a la otra persona. Es posible que muchos de los que nos han hecho daño ni siquiera se den cuenta de lo que han hecho. Nuestro perdón puede ser tan simple como orar y liberar el dolor tanto como podamos. Toma esta decisión con tu voluntad y confía en que Dios se encargará del resto. Algunos dolores emocionales solo se desvanecen con el tiempo, pero en nuestra mente podemos elegir honrar a Dios y perdonar. Este proceso puede ser complejo, especialmente porque no siempre recibimos una disculpa de quienes nos han hecho daño. Sin embargo, si quieres experimentar más de Dios —su presencia, su realidad, su paz y su alegría— debes liberar la amargura de tu corazón.

Nuestra relación vertical con Dios depende de que nuestras relaciones horizontales con los demás sean correctas. Podemos intentar ignorar esto, pero al final debemos abordarlo si queremos avanzar en nuestro camino cristiano. Dedica hoy un tiempo a preguntarle al Espíritu Santo si hay alguien a quien debas perdonar o con quien debas buscar la reconciliación. Ningún rencor, opinión o

² John R. W. Stott, *Christian Counter-Culture* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1978), p. 89.

justificación vale la pena sacrificar tu herencia en Cristo. No dejes que la raíz de la amargura afecte tu vida hasta el punto de perder todo lo que Dios quiere darte y hacer a través de tu vida. ¡Deja que la gracia venza! La elección es nuestra.

Animo a todos a que tengan siempre presente el final: vivan la vida de manera que, cuando lleguen a su lecho de muerte, no tengan nada que lamentar. Jesús nos ofrece una forma de liberarnos de nuestros patrones habituales, y la oportunidad de cambiar su forma de pensar y actuar comienza hoy. «**Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios**» (Mateo 5:8).

Keith Thomas

www.groupbiblestudy.com

Facebook: keith.thomas.549

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>